

Feminismo y trabajo social: un tándem indivisible

Resumen

Aunque el trabajo social tiene una estrecha vinculación con los movimientos de mujeres, aún a día de hoy somos pocas las profesionales que aprendemos sobre feminismo y que intentamos trasladar estos aprendizajes a nuestro entorno de trabajo. Esta situación genera que nuestra profesión, lejos de ser una herramienta de erosión del sexismo, se transforme en un pilar de sustento del mismo haciendo necesaria una reflexión profunda al respecto y una puesta en evidencia de las capacidades de transformación igualitaria de las que disponemos.

Han sido varias las metodologías de intervención social que han cuestionado el papel de las profesionales del trabajo social señalando su función paliativa en las desigualdades sociales y reclamando la necesidad de empoderamiento profesional para el cambio social. Entre ellas se encuentra el trabajo social crítico-radical que muestra cómo el trabajo social puede y debe ser una profesión transformadora que define las vulnerabilidades sociales como una problemática colectiva. Entre las diferentes ideologías sobre las que se sustenta este cuestionamiento de la organización social se encuentra el feminismo. A través de él se pretende hacer una propuesta de intervención social transformadora que abogue por la igualdad plena entre hombres y mujeres.

Palabras clave

Feminismo. Trabajo social. Intervención social. Trabajo social crítico-radical. Trabajo Social Feminista. Método de casos.

Sustainable development goals, women and homelessness

Abstract

Although social work is closely linked to women's movements, still today there are few professionals who learn about feminism and try to transfer this to our daily work. This situation became our profession, far from being a tool for erosion sexism, a support for it, making necessary to reflect deeply on it and to highlight the capacities for equalitarian transformation we have.

There have been several social intervention methodologies that have questioned the role of social work professionals, pointing out their palliative role in social inequalities and claiming the need for professional empowerment for social change. One of them is critical-radical social work that shows how social work can and should be a transformative profession that defines social vulnerabilities as a collective problem. Among the different ideologies on which this questioning of social organization is based in feminism. It wants to be a proposal for transformative social intervention that advocates full men's and women's equality.

Keywords

Feminism. Social work. Social intervention. Critical-radical social work. Feminist social work. Case method.

Autora / Author

Marta Sorlí Fresquet

Trabajadora Social, Agente de Igualdad y Máster en
Derechos Humanos CEO Consultoría El Far
marta.sorli.fresquet@gmail.com



RECIBIDO: 05.05.23 | REVISADO: 01.06.23 | ACEPTADO: 01.06.23 | PUBLICADO: 30.06.23

Introducción

Toda intervención social parte de una base ideológica que guía la intervención y marca los objetivos de presente y futuro. Esta ideología marca la diferencia entre el trabajo social enfocado a la transformación social, a la eliminación de las desigualdades; o mantiene la intervención paliativa y asistencialista, sin cuestionar las estructuras de poder. La ideología que aplicamos afectará a la intervención con la persona usuaria y a la sociedad de su alrededor. Según indica Gordillo:

La profesión de Trabajo Social se hace partícipe de la realidad a través del conocimiento de la misma, en que se construyen más preguntas que respuestas, que hacen parte de nuevas visiones y perspectivas acerca de la relación sujeto-objeto. La epistemología como dimensión para la comprensión de la metodología y método implica la búsqueda de sustentos para la profesión.

Dimensión Ideológica: se relaciona con las intencionalidades de la intervención; el porqué y para qué. Se ha identificado con movilización, concienciación, militancia. Esta dimensión se desarrolla de acuerdo con procesos históricos e ideologías: liberal, desarrollista y revolucionaria, en que intervienen aspectos relacionados con el poder económico, político y la concepción de desarrollo. Esta dimensión se hace explícita en la reconceptualización al descalificar el carácter instrumental y funcionalista de la profesión; se propuso construir teorías, metodologías y métodos a partir de la práctica; no se lograron significativos acuerdos, además del método básico, único o integrado.

Dimensión Ética: se relaciona con el proyecto histórico y político del profesional. El Trabajo Social se orienta a través de una ética profesional, que valida las relaciones sociales; el desempeño de actividades lleva implícitos valores, de acuerdo a la cultura. Desde sus inicios, el contexto obligó a dar respuestas a necesidades; motivó la Justicia Social y los Derechos Humanos. Los valores cobran sentido en función del compromiso que asumimos en el respeto por lo que hace la convivencia humana. (Gordillo, 2007, 130-131)

Por tanto, el trabajo social está íntimamente vinculado con los movimientos sociales e ideológicos que afectan, inevitablemente, a la sociedad (dimensión ideológica). Además, existe la perspectiva personal del profesional (dimensión ética) que configura sus valores y sus objetivos como profesional. Esto supone que el trabajo social se defina como una profesión de extremos en lo que supone a la transformación social, pues los efectos de su desarrollo profesional serán radicalmente diferentes si la dimensión ideológica y ética pretenden derribar las desigualdades o, por el contrario, están enfocadas a cubrir las necesidades generadas por el sistema.

Los extremos se configuran en tanto que, en una sociedad con desigualdades patentes, se debe cuestionar el poder para poder minimizarlas; si no existe esta voluntad de trabajo en pro de la eliminación de la opresión se forma parte del engranaje que la sustenta de manera pasiva. Profundizando en las dimensiones éticas e ideológicas, cuestionando las bases preestablecidas y el poder existente, podremos desarrollar una intervención social que transforme la sociedad al mismo tiempo que esta transformación repercutirá sobre el enriquecimiento del propio trabajo social.

Feminism and social work: an indivisible tandem

Para poder decidir cuál es la intervención social que queremos desarrollar y las consecuencias de nuestros actos profesionales, debemos profundizar en los modelos de intervención. “Se trata de partir de que existe una pluralidad cognitiva (teórica), que conlleva una pluralidad metodológica, concretándose en la práctica en distintos modelos, atendiendo a las diferentes facetas o dimensiones de la realidad social que se estudia” (Fresno Garcia y Hernández-Echegaray, 2019, 241). Atendiendo a los distintos modelos de intervención podremos seleccionar aquel o aquellos que se ajusten más a nuestros objetivos profesionales; que den respuesta a la dimensión ideológica y la dimensión ética de la intervención. Pese a la falta de reconocimiento, el trabajo social supone una profesión fundamental en las dinámicas sociales por lo que sus profesionales podemos elegir transformar la sociedad con nuestro trabajo o mantenernos como perpetradores de opresiones.

Existe una relación teórica e histórica indiscutible entre trabajo social y feminismo que ha sido escasamente estudiada y poco divulgada. El menosprecio explícito a las aportaciones feministas está ligado a la voluntad de mantenimiento de las estructuras de poder. Por otro lado, existe la voluntad de utilizar el trabajo social como una herramienta de beneficencia que palie las consecuencias del sistema sin cuestionarlo. Ambas premisas hacen que el Trabajo Social Feminista haya quedado en un segundo plano y no se reivindique como enfoque transversal aplicable a cualquier ámbito de intervención, como mecanismo de transformación profunda de la intervención social y el estado del bienestar.

Esta situación de invisibilidad produce una inexistente perspectiva feminista en nuestra profesión, situación que propicia el mantenimiento de

las desigualdades patriarcales a través de trabajo social. “Analizar las relaciones de género y su transformación constituye un requisito indispensable para nuestra profesión, y ésta debe apostar por una redefinición que insista en este sentido y que permita ampliar nuestro campo más allá de la intervención social «pura»” (Fernández-Montaña, 2015, 34). Es necesaria la vinculación explícita del trabajo social al feminismo, poniendo en valor las aportaciones de esta teoría crítica a la profesión y aplicando los principios de igualdad de sexo a la intervención en todos los ámbitos de actuación social.

1. Metodología

Revisión bibliográfica. Para establecer las bases de actuación del Trabajo Social Feminista se han seleccionado textos que abordaban información sobre definiciones y principios básicos del trabajo social. Seguidamente se hace un breve repaso del feminismo como teoría política para ilustrar el encuentro con nuestra disciplina profesional. Se culmina la definición y teorización del Trabajo Social Feminista como tal y su aplicación a la práctica profesional. Se han utilizado materiales básicos pretendiendo ilustrar de manera general y entendible la ideología política feminista aplicable a la intervención en trabajo social.

2. Resultados

2.1.- Feminismo y bienestar social

La teoría feminista ha sido protagonista de los hechos históricos más significativos y ha conseguido ir desgastando, década a década, la estruc-

tura social patriarcal como estructura de poder. Este desgaste ha ido directamente enfocado a la socialización de los cuidados y a la reivindicación de la atención a la vulnerabilidad, espacios en los que las mujeres siempre han sido protagonistas. Las aportaciones del feminismo a los avances sociales son incuestionables, desde la reivindicación de derechos básicos como las escuelas y las guarderías, la red social de apoyo a mujeres víctimas del patriarcado o la atención a personas con dependencia. El proceso de conquista de la igualdad entre sexos ha ido de la mano de la consecución de avances sociales universales, pues los espacios de desprotección siempre han sido y son cubiertos por las mujeres. Este proceso no ha sido fácil y, todavía a día de hoy, sigue estando lejos de conseguirse un estado del bienestar que garantice la vida digna de la misma manera que sigue estando lejos la igualdad entre hombres y mujeres.

Pero, las mujeres a lo largo de la historia, han sabido construir sinergias para situar sus demandas como eje de discriminación transversal que atraviesa cualquier estrato social, cultura o religión. “Como grupo, las mujeres no gozan de muchos de los beneficios que cualquier clase ofrece a los varones y viven, en cierto modo, al margen del sistema de clases” (Millet, 2010, 92). Más allá de toda vulnerabilidad existe una estructura patriarcal que separa, de manera clara, dos grupos sociales atendiendo al sexo, evidenciando la misma opresión con distintas expresiones a lo largo y ancho del planeta. Entre estas opresiones se encuentra la atención a las personas en situación de vulnerabilidad y los cuidados que, sin duda, permiten mantener la estructura de poder establecida.

Una de las aportaciones del feminismo es “la incorporación de la opresión de género en la lista de problemas sociales y la exposición de su efecto

pernicioso para el bienestar de mujeres, niños y hombres” (Dominelli y MacLeod, 1999, 43). La estructura de poder necesita de la desigualdad entre sexos para poderse mantener, prestando la atención mínima imprescindible que permita la subsistencia sin rebelión. Para ejercer el poder desde un espacio de privilegio hace falta un colectivo o colectivos que oprimir, y el trabajo invisible de las mujeres para atender a quién se encuentra fuera de este espacio.

Cada vez que una mujer ha intentado denunciar esta desigualdad el patriarcado se ha encargado de mostrarse implacable. Olympe de Gouges fue condenada a la guillotina por evidenciar la exclusión de las mujeres en la revolución francesa, cuna de la Ilustración y de la estructura social actual. Las mujeres que ejercían la medicina natural, de la que procede gran parte de nuestra medicina actual, fueron señaladas como brujas y quemadas en hogueras. Cualquier movimiento que pudiera independizar a las mujeres y, por tanto, hacer emerger la desprotección social de la que se hacen cargo se ha visto duramente reprimido. También a día de hoy donde las estructuras de poder nos hace conocer y reconocer cuál es nuestro lugar en la sociedad: cuidar y ser invisibles.

El feminismo representa un pensamiento crítico ampliamente teorizado y argumentado que cuestiona la totalidad de la estructura patriarcal. Sus avances y reivindicaciones sociales han conseguido modificar decisiones políticas y acometer cambios sociales sustanciales, por lo que resulta crucial en cualquier planteamiento teórico que cuestione la estructura social. La teoría feminista supera cualquier compartimentación social ya que la discriminación por sexo atraviesa a toda la sociedad por igual y es la que sustenta todas las desigualdades de manera directa o indirecta. El

Feminism and social work: an indivisible tandem

feminismo va mucho más allá de la división para elaborar una teoría aplicable a cualquier persona por igual, por diversas que sean sus circunstancias.

De hecho, la cuestión de la desigualdad de sexos y la reclusión de la mujer al ámbito doméstico es el eje vertebrador de la ideología feminista. Son muchas las mujeres que se han resistido y se resisten al destino que les marca el sistema sexo-género y, por tanto, evidencian la necesidad del estado del bienestar para su liberación. Se empieza a hablar de feminismo cuando este cuestionamiento pasa a lo colectivo y va de la mano del reconocimiento global de la exclusión por razón de sexo.

Siguiendo a Valera (2018), podemos diferenciar tres momentos básicos en la historia del feminismo denominados olas. Con cada una de estas olas se describe la evolución de las reivindicaciones de igualdad que, sin duda, van ligadas a la demanda del aumento de servicios públicos. La Revolución Francesa sirvió para reconocer los principios básicos de ciudadanía, pero tan solo a “el hombre y el ciudadano”. La participación activa de las mujeres en los movimientos revolucionarios y su exclusión de los derechos civiles impulsó el nacimiento del feminismo como teoría política y la detección de la base de la discriminación de las mujeres: el sexo.

La segunda ola estuvo marcada por un nuevo abandono a las feministas, esta vez en la lucha por el derecho a voto y la consiguiente abolición de la esclavitud. Esto impulsa el reconocimiento de las mujeres como sujeto político y la necesidad de organización independiente y propia. También es en la segunda ola donde nacen los principales tratados políticos de clases y la construcción de los partidos obreros, de los que las mujeres feministas también serán excluidas, favoreciendo

los encuentros y reuniones exclusivas de mujeres. Conseguido el derecho a voto y el acceso a la formación, la lucha feminista cayó en horas bajas hasta la llegada de *El Segundo Sexo*, de Simone de Beauvoir.

En la tercera ola el feminismo se organiza entorno a intereses más concretos y denuncia la reclusión en los quehaceres femeninos. Es la que más relación tiene con el bienestar social ya que es el momento en que “el poder masculino fue desafiado en su propia casa” (Varela, 2018, 110) por el feminismo radical, sacando a la luz la esfera de los cuidados y reivindicando la responsabilidad social sobre los mismos.

Parte de la expansión del feminismo es gracias a las feministas radicales, quienes empezaron a aplicar la tan reconocida frases «lo personal es político». Ellas fueron las que replantearon la militancia feminista (y no feminista) saliendo a las calles y haciendo partícipes de la discriminación de las mujeres a toda la sociedad. Dejó, por tanto, de ser un problema sectorial para ser una reivindicación estructural en lo público y en lo privado. Es la eclosión del feminismo como tal y el traspaso de las fronteras de las cosas de mujeres hacia las mujeres como sujeto político en cualquier ámbito. Se trata del traslado a la esfera pública, y a la responsabilidad colectiva de todo aquello que se considera privado y, por tanto, responsabilidad de las mujeres.

En esta tercera ola se enmarcaron los primeros actos institucionales para desarrollar a nivel internacional los derechos de las mujeres. Encuentros que siguen teniendo una importancia indiscutible a día de hoy, como son las Conferencias Mundiales sobre la Mujer de la ONU. En todos estos actos se incluyen necesidades sociales y reivindicación de

mejoras en el desarrollo del estado del bienestar como la protección de la pobreza, la implicación gubernamental en la violencia contra las mujeres o la educación universal. Las mujeres hacen de su situación de opresión personal la lucha por las mejoras colectivas y entienden, en todo momento, que su liberación pasa por la implicación gubernamental en el mantenimiento de la vida. El feminismo y los derechos sociales, históricamente, van de la mano.

Todos los momentos de máximo auge de reivindicación de los derechos de las mujeres y, por tanto, de los derechos sociales, se ven contestados por una fuerte represión patriarcal que intenta mantener los privilegios cuestionados. La estructura de poder se resiste a abrir sus fronteras y democratizar sus espacios. El feminismo nace y ejerce al margen del poder, por lo que establece canales y herramientas propias en estos márgenes. El feminismo es un ejemplo de transformación social y de erosión del poder establecido a todos los niveles. Su organización para demandar espacio y transversalizar las necesidades colectivas será la base de todas las luchas sociales actuales. Lo personal reivindicado como político y la política obligada a mirar hacia la atención a lo personal. El feminismo hace de sus reivindicaciones y de sus formas de reivindicación algo universal que mejora el bienestar social.

Cada uno de los ataques patriarcales ha sido contestado con más organización, consiguiendo demostrar que existe una consciencia social y colectiva en manos de las mujeres, desenmascarando que la mitad de la población quiere bienestar colectivo. “Si estos ataques no tienen la réplica de iniciativas feministas en términos de definición de problemas sociales, contribuirán a desmantelar recursos sociales (...) que han garantizado la

posibilidad real de definiciones alternativas de la existencia de las mujeres” (Dominelli y MacLeod, 2019, 57). Feminismo y bienestar social representan un tándem en todos y cada uno de los momentos históricos en que el capital y el patriarcado han estrangulado lo social y lo feminista.

2.2.- *Sexo vs. género*

Toda la teoría y práctica feminista ha desencadenado en la definición del sistema sexo-género, como explicación de la estructura patriarcal, “ideología cuya principal manifestación y fuente de alimentación es la socialización desigual de los sexos, conseguida tanto en el campo de la posición como en el del temperamento y el papel sexual” (Millet, 2010, 285). El feminismo establece la diferencia entre el sexo, como realidad biológica de las personas; y el género, como la construcción social de los estereotipos asociados a mujeres y hombres. Estos estereotipos no se justifican en ninguna base física, científica ni demostrable y solo responden a criterios sexistas. El género es la construcción social necesaria para mantener la desigualdad entre hombres y mujeres.

Con él se configura el sistema sexo-género que establece una serie de estereotipos infundados (género) ligados al sexo y los traslada a la estructura social, generando una desigualdad plausible e interiorizada a nivel transversal. Esta situación se detecta también en el trabajo social donde, la estructura sexo-género, queda retratada desde las profesionales, mayoría mujeres al tratarse de una profesión relacionada con los cuidados; hasta los ámbitos de intervención, muy claramente segregados por sexos. “La desigualdad sexual es también una profunda raíz material y psicológica de la que se nutren el resto de las desigualdades sociales” (De Miguel, 2019, 53).

Feminism and social work: an indivisible tandem

El feminismo representa una teoría crítica que pasa, necesariamente, por la reconstrucción del sistema para construir un sistema igualitario. El género, por tanto, es un concepto creado por la teoría feminista para explicar la opresión injustificada de las mujeres y los privilegios de los hombres que no afectan solo a las mujeres, si no que es la base de las desigualdades sociales. Desde el feminismo, es entendido que “lo considerado como «natural» en las mujeres es en realidad fruto de la represión y el aprendizaje social” (Varela, 2018, 40) y que la atención a la vida debe ser socializada rompiendo con el sexismo. El género es aquello que socialmente ha construido lo femenino y lo masculino, que ha justificado la subordinación de las mujeres y la dominación de los hombres así como la degradación e invisibilidad de los espacios de bienestar. El género es el mecanismo de represión patriarcal transversal que se traduce en desigualdad social y nada tiene que ver con el sexo, realidad biológica que configura nuestros cuerpos pero no nuestras capacidades.

La interpretación feminista de la realidad social facilita el análisis crítico para romper “el condicionamiento [que] describe una especie de círculo que se perpetúa a sí mismo al responder a las expectativas sociales” (Millet, 2010, 80), pero sobre todo garantiza la interpretación social atendiendo a la totalidad de la sociedad. El feminismo señala que el hombre blanco, de clase media, preferiblemente heterosexual y occidental representa, tan solo, uno de los sujetos protagonistas amenazando su legitimidad basada precisamente en hacer creer que no existe otra realidad aceptable e incluso deseable.

Para mantener esta construcción se requiere de un esfuerzo por parte del poder y de sus mecanismos de perpetuación. Los medios de comu-

nicación, el cine, la literatura, la música, el empresariado y, por supuesto, “el lenguaje juega[n] un papel importante a la hora de definir a cada miembro de la comunidad” (Díaz Montiel, 2017, 235). En esta lucha contra el poder establecido, contra el patriarcado, emerge el movimiento feminista para proporcionar una visión más global y social.

Es difícil desligar el trabajo social del feminismo ya que, en esencia, el trabajo social nace de la voluntad de muchas mujeres de trasladar los cuidados privados a lo colectivo. Como hemos visto, fue el feminismo radical el que estableció que “si lo personal es político, las leyes no pueden quedar a la puerta de casa” (Varela, 2018, 106) evidenciando la vinculación entre reivindicaciones sociales y estado del bienestar. El trabajo social nace de las mujeres, se ejerce por mujeres, atiende mayoritariamente a mujeres y forma parte de asumir que la atención a lo personal es público.

“Basta recorrer sus historias de vida y obras para darse cuenta, que nuestra profesión está atravesada por sufragistas, reformadoras y reformadores sociales, abolicionistas, antiesclavistas o agitadoras sociales” (Mateos Casado, 2022, 48). Por ello resulta fundamental ejercer el trabajo social con conocimientos feministas y desde una visión crítica con la sociedad patriarcal. Solo a través de la intervención social con perspectiva feminista se ejercerá el trabajo social como profesión transformadora y se abogará por una transformación social en profundidad.

2.3.- Trabajo Social Feminista (TSF)

Son Dominelli y McLeod (1999) quienes establecen las bases del Trabajo Social Feminista. Afirman que el feminismo ha contribuido enormemente a la

práctica social “y lo ha hecho en las cuatro actividades principales que incumben al trabajo social: la definición de los problemas sociales en los que intervenir, el trabajo en la comunidad, el asesoramiento y el trabajo social institucional” (Dominelli y MacLeod, 1999, 29). Analizan en profundidad cómo el movimiento social feminista contribuye al ejercicio del Trabajo Social y redefine los principios de actuación. Dominelli y MacLeod (1999) aseguran que la acción feminista redefine las relaciones de poder al posicionar el género como eje de opresión transversal a toda sociedad y, por tanto, influye de manera directa en la definición de los problemas sociales. El compromiso feminista con el Trabajo Social supondrá “una demostración más de la capacidad de la acción feminista para profesar en los intereses de la promoción del bienestar” (Dominelli y MacLeod, 1999, 42).

La perspectiva feminista en el trabajo social supone reconoce un eje transversal patriarcal a toda intervención y la capacidad del trabajo social de transformar las estructuras de poder. “El Trabajo Social feminista (...)promueve el fin de la opresión de las mujeres, canalizada a través de una estructura pública y privada patriarcal que obliga a esta profesión a redefinirse, en todos los aspectos relativos a su ideología y práctica profesional” (Fernández-Montaño, 2015, 34). Para conseguir una mejora de la intervención en los diferentes aspectos de vulnerabilidad social es imprescindible reconocer la capacidad de influencia del trabajo social y, por tanto, de perpetrar o cambiar este-reotipos. El TSF globaliza la intervención, entiende la presencia de una opresión común a todas las intervenciones y presente en todas las personas y entornos que hay que combatir: el patriarcado.

Una de las reivindicaciones feministas por autonomía es la necesidad de que la sociedad

sea transformada y liberada de patriarcado. No obstante, en la práctica diaria del trabajo social, no existe una consciencia feminista arraigada que deconstruya la realidad patriarcal. “Aunque es posible desarrollar un trabajo coherente con los objetivos feministas, sigue siendo una actividad minoritaria en el conjunto de la práctica rutinaria dominante, que refuerza sin cesar la índole sexista y la función del papel de control social del trabajo social” (Dominelli y MacLeod, 1999, 36-37). Desde la intervención social actual se atiende las necesidades y problemas que genera la opresión patriarcal en ámbitos concretos, pero en demasiadas ocasiones se sigue sin profundizar de forma transversal para exprimir al máximo la capacidad de reconstrucción del trabajo social.

Durante la revisión crítica de los métodos tradicionales de trabajo social, en los años 70, gran parte de “las críticas se dirigieron a que no se actuaba sobre las causas de los problemas sociales sino sobre sus efectos, y a que las intervenciones tenían una función paliativa y no transformadora, conllevando una fuerte carga paternalista” (Fresno Garcia y Hernández-Echegaray, 2019, 235). Esta crítica no se puede leer desvinculada de la opresión de género. Con la intervención social feminista se pretende que cada caso sea parte de la transformación social hacia la igualdad. Partiendo del trabajo individual se ejerce, también, la deconstrucción social.

Por eso, Dominelli y MacLeod (1999) resumen el TSF como:

Las estrategias siguientes, tomadas en su conjunto, equivalen a una práctica de trabajo social feminista informada y constructiva en lo que atañe a las relaciones laborales:

Feminism and social work: an indivisible tandem

1. El reconocimiento de la naturaleza compleja del bienestar material de las mujeres y sus condiciones de empleo.
2. La promoción del bienestar de las trabajadoras sociales como trabajadoras.
3. La promoción del bienestar material de las clientas y de los grupos de clientas del trabajo social.
4. El fomento de la conciencia de los intereses materiales comunes entre las trabajadoras sociales y las clientas.
5. La contribución de las organizaciones de trabajo social feminista «independientes».
6. La comprensión de que el logro de relaciones laborales feministas en el trabajo social necesita la contribución del impulso feminista en otras esferas y, sobre todo, una presencia política feminista. (Dominelli y MacLeod, 1999, 185)

El trabajo social y los servicios sociales suponen un eje fundamental de la transformación feminista y de la eliminación de la opresión sexista por su transversalidad en cuanto a los ámbitos de intervención y la vinculación directa con las mujeres a todos los niveles. Desde el ejercicio del trabajo social se puede influir directamente en la erosión de patriarcado por su infinidad de afecciones pero, además, se puede colaborar con las organizaciones feministas para ahondar más si cabe en esta erosión.

Tanto es así que la reivindicación de unos servicios sociales básicos se reitera en diferentes ámbitos de trabajo feminista y ha formado parte

de sus reivindicaciones feministas históricas. Es evidente que unos servicios sociales públicos suficientes permiten la emancipación de las mujeres y la descarga de las responsabilidades de los cuidados. De la misma manera, es evidente que un reconocimiento activo de la función de las trabajadoras del ámbito social implica el reconocimiento de las tareas de cuidados y la mejora de las condiciones laborales.

Es importante remarcar que, además, es necesaria una intervención social feminista que deconstruya una sociedad en la que la mitad de la población está oprimida. “El diseño de cualquier intervención social debe estar basado en las necesidades de un contexto social específico (...) una intervención que produce, a su vez, unos efectos sobre la realidad intervenida” (Alemán y Trinidad, 2012, 49). Y si existe un contexto común, si existe un factor que podemos asegurar que vamos a encontrar en el trabajo con cualquier persona y bajo cualquier problemática, este es el sistema sexo-género. El patriarcado y el sexismo, como hemos dicho, es transversal y común a todas las vulnerabilidades por lo que la inclusión del feminismo en la intervención en trabajo social es imprescindible para la erradicación de esta opresión.

Además, el trabajo social que no incorpora perspectiva feminista en cualquier ámbito de intervención supone un mecanismo de apuntalamiento del sistema patriarcal. En demasiadas ocasiones “allí donde la felicidad de las mujeres es incompatible con el mantenimiento de la dominación masculina y la conservación intacta de la familia, los trabajadores sociales tienden a alentar a las mujeres a someterse y obedecer” (Dominelli y MacLeod, 1999,36). Esto hace que la intervención social se convierta en un eje más de opresión contra las mujeres, en un mecanismo de beneficio directo

del patriarcado validando las premisas opresoras en que las mujeres son y deben ser las mantenedoras de la vida. Ante una estructura de poder tan arraigada como el patriarcado, la intervención nunca es neutra: se trabaja por erradicar la opresión o se forma parte de la estructura de perpetuación.

La base del TSF es redirigir el punto de vista desde la interseccionalidad fragmentadora y excluyente que plantea las desigualdades sociales como cajones estanco, hacia un punto de unión conjunta entre colectivos. Entiende que “cualquier problema o interacción puede convertirse en tema de atención desde un punto de vista feminista” (Dominelli y MacLeod, 1999, 46). Se trata de establecer el feminismo como el eje de acción en trabajo social que une las diferentes vulnerabilidades en las que subyacen estereotipos sexistas y patriarcales, como el punto de inflexión para la transformación social en profundidad. El enfoque feminista en trabajo social erosiona la sociedad patriarcal resituando lo reproductivo (la atención social) en el centro, revalorizando la vida y trasladando lo privado hacia lo público. Cuestiona al patriarcado centrando la atención en los cuidados y otorgándole el valor que se merece al mantenimiento y atención al bienestar.

El feminismo ha tenido un efecto profundo en la práctica del Trabajo Social, puesto que ha hecho emerger el género como tema y ha demostrado cómo la opresión de las mujeres se encuentra estructurada e incrustada en la propia prestación del Trabajo Social. Como denominador común, ya se trabaje con individuos, con familias, con grupos, con organizaciones o con comunidades, la intervención feminista desde el Trabajo Social posee siempre una mirada positiva hacia las mujeres, recha-

zando los estereotipos negativos, localizando el problema y sus raíces dentro de un contexto sociopolítico, despatologizando los problemas personales, viendo la necesidad de cambio individual como colectivo, estableciendo una relación de igualdad con el usuario, impulsando el desarrollo total del mismo, escuchándole activamente, reforzando su «self», ayudándole a encontrar su propia voz y a utilizar su propia «revelación» (Viscarret, 2009, 329)

El Trabajo Social Feminista parte de las premisas transformadoras del trabajo social crítico-radical donde la persona usuaria es la protagonista de la transformación de su situación y sitúa el sistema sexo-género en el centro de las necesidades de cambio. “Los dos procesos críticos que apuntalan el trabajo sobre definición de problemas desde un punto de vista feminista, que es lo que posibilita que la acción social feminista se centre en las relaciones sociales, ha sido el método de concienciación y de aprehensión de que «lo personal es político»” (Dominelli y MacLeod, 1999, 58) El feminismo aplicado al trabajo social, pues, parte de la importancia de visibilizar lo privado para desarmar la estructura patriarcal y planificar las intervenciones para la construcción de la igualdad, para hacer de cada intervención un mecanismo de recuperación del espacio que les ha sido negado a las mujeres durante siglos.

2.4.- Intervención en TSF

El TSF se encuentra enmarcado, como ya hemos visto, en la corriente crítico radical de los años 70. El trabajo social crítico-radical parte de la opresión social como base de las problemáticas sociales y punto de partida de la intervención, ve las desigualdades como parte de un constructo social y aboga por hacer de la intervención social un

Feminism and social work: an indivisible tandem

mecanismo de democratización del poder. “Este concepto permite a los trabajadores sociales apartarse de la idea de insuficiencia personal como causa de perjuicios para centrarse, en cambio, en las dimensiones estructurales de las experiencias individuales o de grupo” (Healy, 2001, 42). Estructura la intervención desde el planteamiento de la necesidad de un cambio social que vaya más allá de la intervención individual.

“Una vez evaluada la situación, el trabajador social provee tanto de un servicio directo (intervención psicosocial) como de un servicio indirecto (acceso a recursos y servicios de apoyo)” (Viscarret, 2009, 335). Se efectuará, así, una intervención holística o multinivel enfocada al cambio individual y colectivo, haciendo de lo personal algo global y entendiendo la intervención concreta como una parte de la transformación social. Existe, por tanto, una función ideológica muy marcada en el trabajo social crítico-radical que interpreta la estructura de poder y la plantea como algo a derribar, a transformar.

“El Trabajo Social crítico trae a la escena de la intervención social la importancia de la estructura social y la dominación/opresión en el análisis de los problemas sociales” (Viscarret, 2009, 326). Y para ello se acoge a diferentes teorías sociales que buscan redistribuir el poder que genera la desigualdad y la opresión. Entre estas teorías, se encuentra la teoría feminista, con una amplia trayectoria histórica, teórica y política que, aún en el siglo XXI, se considera ajena al trabajo social.

La intervención desde la vertiente crítico-radical presenta una función de acompañamiento y respeto a las decisiones de la persona usuaria entendiéndola como víctima de la sociedad y, al mismo tiempo, como agente de transformación.

La relación entre profesional y persona usuaria se basa en el acompañamiento a la persona o grupo de intervención. No existe una jerarquía de poder ni una voluntad de ordenamiento por parte de la profesional, sino que el trabajo social se basará en acompañar las decisiones y potencialidades de la persona usuaria que dispone de todas las herramientas para transformar su situación. Tiene presente tres principios básicos (Viscarret, 2009, 327-328) de intervención:

- Respeto a las decisiones.
- Inclusión en la detección de necesidades y elaboración de la intervención.
- Corresponsabilidad en las tareas.

Partiendo de estos principios, las intervenciones sociales “desarrollan la personalidad por medio de la adaptación conscientemente efectuada, individuo a individuo, entre los hombres y su entorno” (Richmond, 1995, 102) a través del trabajo social de casos. “Los conocimientos especializados del trabajador social de casos deben ser, en esencia, tan aplicables al resto del mundo como lo son a los que podrían ser etiquetados de semejante manera” (Richmond, 1995, 101). El Trabajo Social Feminista sistematiza la intervención social al establecer “un cuerpo elaborado de trabajo teórico sobre los orígenes sociales de la opresión de género, trabajo que tuvo profunda influencia en la manera en que los diferentes grupos feministas definen y redefinen los problemas sociales” (Dominelli y MacLeod, 1999, 51) vinculando la opresión sobre las mujeres con las desigualdades sociales. Esta sistematización de la perspectiva feminista en la intervención social se vuelve aplicable a todos los entornos y a todas las problemáticas e incide directamente en la transformación social que me-

jora la vida de las personas y reduce la opresión patriarcal.

La intervención no solo va encaminada a cubrir las necesidades específicas y momentáneas de la persona usuaria, sino que se articula desde lo individual a lo colectivo. La intervención social concreta atiende las necesidades coyunturales potenciando las capacidades individuales y grupales, la autonomía y el empoderamiento para resolver la situación de desigualdad. Esto, a su vez, tendrá efecto en la sociedad al romper con la estructura de poder que ha generado la desigualdad.

Mary Richmond establece que el trabajo social de casos es una “técnica especializada cuyo objetivo radica en lograr una mejor integración del ser humano individual en el mundo que ha de habitar” (Richmond, 1995, 112). Por ello justamente cobra más sentido, si cabe, la incorporación del enfoque feminista en el trabajo social para que ese *mundo machista que se ha de habitar* sea transformado en cada intervención. La intervención social es, en esencia, una retroalimentación entre la persona y su entorno por lo que resulta fundamental trabajar desde un enfoque que modifique ese entorno patriarcal para la mejora generalizada de las condiciones de vida de todas las personas.

3. Conclusiones

Feminismo y trabajo social están íntimamente ligados. Los avances en trabajo social son impulsados en cierta medida por las demandas feministas, al mismo tiempo que la liberación de las mujeres pasa por un estado del bienestar fuerte. La vinculación de las tareas de cuidados al sexo femenino y la desigualdad que esto genera es indiscutible. El conocimiento de la teoría feminista y la relación

de la misma con la intervención social enriquece y beneficia el estado del bienestar, en tanto que reconoce una desigualdad transversal que crea y alimenta las demás desigualdades sociales.

Dominelli y MacLeod (1999) nos muestran como en trabajo social se crean jerarquías de intervención donde se priorizan temas como empleo y vivienda, a los que denominan problemas «duros» frente a los problemas «blandos», como los relacionados con la atención a criaturas y personas dependientes (Dominelli y MacLeod, 1999, 62-63). Esta predilección por la atención a unos problemas sobre otros se refleja en la intervención social tradicional que mantiene vigentes los estereotipos sexistas.

Las cosas que a priori pueden parecer neutras pueden ser interpretadas desde el feminismo, desde la inclusión y la humanización, y reconocidas como generadoras de desigualdad. No podemos negar que la percepción androcéntrica también se encuentra en los servicios sociales donde, durante mucho tiempo, gran parte de la intervención social iba encaminada a lo productivo. Es más, las crisis económicas que afectan a lo productivo han tenido un impacto directo en lo reproductivo y, por supuesto, en los servicios sociales viéndose cuestionados y recortados. Nos encontramos frente a una estructura social pensada por hombres y para hombres, donde lo único que se ha considerado importante son (sus) trabajos productivos y eso se traslada, indiscutiblemente, a la intervención social

El feminismo, por su parte, ha aportado y aporta una visión global que permite (re)interpretar nuestra sociedad más allá del modelo masculino establecido para mantener el poder económico y patriarcal. El feminismo plantea la necesidad de incluir los quehaceres considerados femeninos al

Feminism and social work: an indivisible tandem

espacio reconocido, es decir, da visibilidad y reclama la importancia del estado del bienestar y el trabajo social. Del estudio del feminismo hemos aprendido que todo puede ser observado desde esta perspectiva transformadora y que todo aquello que no es visto con una actitud crítica mantiene la estructura de poder patriarcal.

La intervención social y las profesionales del trabajo social no vivimos ajenas a esta estructura patriarcal y nuestra profesión también debe ser analizada desde una visión feminista, crítica con los conocimientos patriarcales interiorizados. “El trabajo social como disciplina ha estado vinculada históricamente al desarrollo de las instituciones y las políticas dentro de un orden patriarcal, lo que ha supuesto una reproducción de las lógicas hegemónicas de poder dentro de la profesión” (Mateos Casado, 2022, 78). Es necesario plantear cambios en la intervención para que el trabajo social suponga una profesión transformadora y colabore en la erosión del patriarcado desde todos los ámbitos de intervención.

El feminismo aporta al trabajo social una perspectiva globalmente crítica, lo convierte en una profesión de crecimiento personal y colectivo. “Las profesionales feministas han presentado informes de como el hecho de trabajar con una perspectiva feminista ha hecho posible un nuevo enmarque de la naturaleza de los problemas individuales al margen de la patología individual” (Dominelli y MacLeod, 1999, 67) superando el asistencialismo y cuestionando la estructura social opresora. Como teoría crítica y profundamente política, el feminismo hace del trabajo social una profesión de acompañamiento hacia la superación individual y de metamorfosis hacia una sociedad más justa e igualitaria.

“Hay que señalar que el concepto de sexismo no ha sido abordado de manera profunda desde nuestra disciplina, ya que ésta ha venido centrándose principalmente en las consecuencias que el sexismo tiene sobre el colectivo social afectado, las mujeres” (Fernández-Montaña, 2015, 34). No obstante, el sexismo afecta de una manera clara a otras desigualdades sociales e impregna todas y cada una de las relaciones sociales existentes, también aquellas que afectan a la relación profesional. El TSF presenta la intervención social como un mecanismo de cambio social y no tan solo como una herramienta para paliar las desigualdades. Desde el feminismo se presenta el trabajo social como un espacio de transformación en toda su esencia y profundidad, otorgando a las profesionales el poder de acompañamiento que reforzará el desafío de sus propias circunstancias por parte de las personas usuarias.

La intervención social feminista genera un conocimiento universal aplicable a diferentes ámbitos de intervención. Las problemáticas sociales se presentan como necesidades sociales y colectivas alejadas de la focalización individual. Son, por tanto, universales y generadas por el propio sistema y no problemáticas aisladas. Esta vocación de universalidad que aporta el TSF supone la transversalización de la opresión, el respeto a las decisiones individuales y el eje común de intervención para la mejora social. El TSF hace que la transformación del entorno sea constante y común a todos los casos.

Sabemos “la poca importancia relativa que el Estado asigna al hecho de asegurar fondos destinados específicamente a satisfacer las necesidades de las mujeres, en particular si esos fondos respaldan un compromiso político de desafío a las relaciones patriarcales” (Dominelli y MacLeod,

2019, 65). Por este motivo debemos ser las propias profesionales del trabajo social quienes reconozcamos nuestro papel como agentes de cambio social y lo ejerzamos desde el convencimiento de ser, en nosotras mismas, fundamentales para ello.

4. Agradecimientos

A Badum y a Pongo por aguardar a mi lado mientras escribo y acompañarme de paseo mientras pienso.

BIBLIOGRAFÍA

- Alemán Bracho, Carmen y Trinidad Requena, Antonio. 2012. *Evaluación de los Servicios Sociales*. Cizur Menor: Editorial Aranzadi.
- De Miguel, Ana. Ed. 12. 2019. *Neoliberalismo Sexual. El mito de la libre elección*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Díaz Montiel, Mariana. y otros. 2017. *Feminism on the peripheries of europe. An inclusive and intersectional youth approach*. Brussels: Centre Mauritus Coppieters.
- Dominelli, Lena, y Mcleod, Eileen. 1999. *Trabajo social feminista*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Fresno García, Miguel y Hernández-Echegaray, Arantxa. 2019. *Técnicas de Diagnóstico, intervención y evaluación social*. Madrid: Librería UNED
- Fernández-Montaño, Patricia (2015). Trabajo Social feminista: Una revisión teórica para la redefinición práctica". Trabajo Social Global. *Revista de Investigaciones en Intervención Social*, 5(9):24-39
- Fernández García, Tomás y Ponce de León Romero, Laura. ed.2021. *Trabajo Social con Familias*. Madrid: Alianza Editorial.
- Gordillo Forero, Natty Andrea. 2007. "Metodología, método y propuestas metodológicas en Trabajo Social." *Tendencias y Retos*, 1 12: 119-135.
- Leahy y Doughney 2006 en Botía-Morillas, Carmen. 2019. «¿Deshaciendo o reproduciendo prácticas de género? Ambivalencias en madres primerizas y profesionales en España». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 166: 25-44. Recuperado el 21 de abril de 2023 <http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.166.25>
- Mateos Casado, Cristina. 2022. *Guía Profesional: Trabajo Social desde una perspectiva de género*. Parte I. Madrid: Consejo General de Trabajo Social. Recuperado el 12 de marzo de 2023 <https://www.cgtrabajosocial.es/publicaciones/guia-profesional-trabajo-social-desde-una-perspectiva-de-genero-parte-i/118/view>
- Mateos Casado, Cristina. 2022. *Guía Profesional: Trabajo Social desde una perspectiva de género*. Parte II. Madrid: Consejo General de Trabajo Social. Consejo General de Trabajo Social. Recuperado el 12 de marzo de 2023 <https://www.cgtrabajosocial.es/publicaciones/guia-profesional-trabajo-social-desde-una-perspectiva-de-genero-parte-ii/119/view>
- Millet, Kate. 2010. *Política sexual*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Richmond, Mary. 1995. *El Caso Social Individual. El diagnóstico Social. Textos seleccionados*. Madrid: Talasa Ediciones.
- Varela, Nuria. 2018. *Feminismo para principiantes*. Barcelona: Penguin Random House.
- Viscarret Garro, Juan Jesús. 2009. *Modelos de intervención en Trabajo Social*. Recuperado el 20 de febrero de 2023 <https://juanherrera.files.wordpress.com/2009/09/capitulo-8-modelos-de-intervencion-en-ts.pdf>.